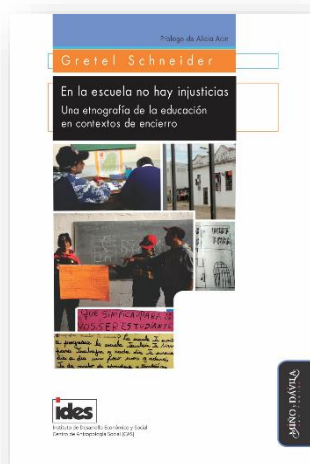




Schneider, Gretel (2024). *En la escuela no hay injusticias: Una etnografía de la educación en contextos de encierro*. Buenos Aires, Ides, 243 pp.

Por Emilce Graciela Vuyovich

<https://orcid.org/0009-0005-1122-1049>

Grupo de Investigación de Prácticas y Experiencias en Territorios
Educativos y Culturales
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Mar del Plata
emilcevuyovich@gmail.com
Mar del Plata, Buenos Aires
Argentina

"Hace tiempo no sentía nada, hace tiempo no vivía, un pasado gris me condenaba, apenas si sonreía. Pero apareciste tú y me hiciste el mundo diferente. Cuando apareciste tú, caminé feliz entre la gente. Rompo las cadenas de mi corazón empiezo a sentir tu amor." Gilda. *Rompo las cadenas*.

La reciente publicación de la doctora en ciencias sociales Gretel Schneider, se erige como un texto de considerable interés y relevancia. Está dirigido principalmente a docentes, profesionales y colaboradores que desempeñan sus funciones en contextos de encierro, ofreciendo una perspectiva valiosa y necesaria sobre la educación en dichos entornos.

El libro profundiza en la realidad de la educación en contexto de encierro (ECE), específicamente en el ámbito educativo primario para adultos. La autora realizó su investigación desde el "intramuros" de la Escuela Primaria de Educación de Jóvenes y Adultos N°27 "Vicente López", ubicada en la Unidad Penal N°1 "Juan José O'Connor" de la ciudad de Paraná, Entre Ríos. Esta unidad aloja a varones condenados y procesados de fueros provinciales y federales.

"Es decir que tanto los estudiantes salen de sus pabellones para participar de lo educativo, en la escuela se construyen los límites que demarcan cuanto de cárcel entra al pasillo y a las aulas" (pág. 25)

El texto, nos sumerge en un estudio etnográfico revelador sobre la educación en contextos de encierro. Más allá de la polarizada dicotomía entre rehabilitación y derechos, la autora propone una mirada innovadora que desafía las convenciones y profundiza en las complejidades del aula en prisión. Desvela la vida cotidiana de una institución oculta tras murallas y muros. Sus estudiantes —varones privados de libertad— perciben la escuela como un paraje donde lo justo es posible, un espacio capaz de reparar las profundas heridas de vidas signadas por la desigualdad y múltiples expulsiones escolares, propias de quienes ocupan un lugar marginado en la cartografía social.

Esta investigación recorre las implicancias y negociaciones inherentes al derecho a la educación en un entorno carcelario. Muestra lo que significa dejar el pabellón cada día por unas horas para aprender a leer y escribir; mezclarse con personas condenadas por diversas causas y provenientes de distintos orígenes; y compartir el aula, los pasillos y los actos escolares. La

obra nos invita a vivenciar las formas singulares que adquiere el respeto como un valor en este contexto, donde coexisten el vínculo jerárquico con los oficiales del servicio penitenciario y el complejo código de convivencia carcelario.

Esta etnografía no solo nos ayuda a comprender la escuela como un espacio de encuentros en medio del encierro, sino que nos invita a pensar en los mundos que abre lo educativo. Reconoce que la escuela actual, incluso en el contexto más hostil y cargado de conflictos, puede ser el lugar donde las personas ensayen la democracia, la justicia y las proyecciones de futuro.

"Educar y educarse en las prácticas de libertad..."

Destacar la progresión a través de los siete capítulos y las consideraciones finales es clave, ya que es allí donde se desentrañan los *por qué* de la educación en contextos de encierro. Sería conveniente hacer una lectura tranquila y de respiración suave ya que es precisamente lo que permite al lector adentrarse en la complejidad y las sutilezas de la etnografía.

"Una escuela en un penal". Este capítulo inicial sienta las bases, presentando el escenario físico y social de la escuela dentro del penal. Es aquí donde Schneider comienza a introducir las primeras interacciones y las particularidades de un espacio educativo confinado, marcando el inicio de la inmersión etnográfica. Nos invita a revisar los posicionamientos históricos sobre cómo la educación ha ido transformándose dentro de los contextos de encierro hasta el devenir de este siglo. Este trasfondo es crucial para entender las particularidades del espacio educativo confinado que la autora nos presenta.

"Salir a la escuela", su segundo capítulo, es crucial para entender la compleja intersección entre la institución educativa y el ámbito penitenciario. Aquí la autora profundiza en las dinámicas y los desafíos inherentes a la decisión y el acto físico de los internos de "salir" a este espacio escolar. Este capítulo se nutre de las charlas y los intercambios con los estudiantes, revelando sus motivaciones, esperanzas y las barreras que enfrentan al acceder a la educación. No es un simple traslado, sino un acto cargado de significado, que va más allá de lo académico. Para muchos, "salir a la escuela" puede representar un respiro de la rutina carcelaria, una oportunidad para mantener la mente activa, o incluso un puente hacia un futuro distinto. Schneider pone el foco en cómo "ambas instituciones presentan una serie de mecanismos administrativos y burocráticos para que la escuela acontezca y como el servicio penitenciario incide en el hecho de que los presos se conviertan efectivamente en alumnos". Esta frase es clave porque subraya que la educación en contexto de encierro no es un proceso lineal ni autónomo.

En "Compartir (en) el pasillo.", tercer capítulo, el pasillo, lejos de ser un mero lugar de tránsito, se convierte en un espacio crucial de socialización y negociación. Schneider explora cómo las interacciones informales y los intercambios cotidianos en este ámbito configuran relaciones, lealtades y modos de resistencia o adaptación, elementos clave para entender la vida escolar en prisión.

"El aula: tener un aprendizaje", es el cuarto capítulo. El corazón de la experiencia educativa se analiza en el aula. Aquí Gretel se centra en las charlas entre docentes y estudiantes, las dinámicas pedagógicas y las experiencias de aprendizaje, destacando cómo se construye el conocimiento en un contexto tan particular. "Como se pone en juego la dinámica de la enseñanza y la apropiación de saberes", en palabras de la autora.

El quinto capítulo, "Progresar en la cárcel", es un punto neurálgico en la etnografía ya que trasciende la mera dimensión educativa para anclarse en las condiciones materiales que posibilitan o dificultan el estudio de los presos. Este enfoque lleva a la autora a explorar dos ámbitos cruciales que, aunque externos al aula, impactan directamente en la capacidad de los internos para ejercer sus derechos: los talleres laborales y el acceso a programas sociales como el *progresar*. La mención de los talleres laborales y el peculio (la remuneración que reciben por su trabajo) cómo la posibilidad de obtener un ingreso, por mínimo que sea, no solo representa una forma de subsistencia o de mejora de las condiciones de vida dentro del penal, sino que también puede ser un factor motivacional para la participación en actividades. Analiza el acceso al Programa nacional de transferencias monetarias condicionadas "Progresar". Este programa, diseñado para fomentar la finalización de estudios en población vulnerable, se presenta en el contexto carcelario como un derecho potencial, pero su efectivización choca con la realidad del encierro; "comprender el sentido del dinero allí es la clave que abrirá las puertas para conocer las trabas burocráticas para el acceso a legítimos derechos que se presentan como incapacidad de gestión", afirma la autora.

En "Participar en las fiestas", penúltimo capítulo, desarrolla la inclusión en las fiestas como particularmente reveladora. Dejar ver cómo los eventos culturales y de celebración, a través de interacciones y reportajes, ofrecen respiros y espacios de construcción identitaria y comunitaria, demostrando que la vida en el penal no se reduce únicamente a la reclusión. Estos momentos son ventanas a la agencia y la organización interna.

El capítulo final, "Ser del palo", profundiza en las complejidades de la pertenencia y la identidad dentro de la cárcel. Va a dar cuentas de los aspectos metodológicos de su investigación; detalla el trabajo de campo y reflexiona sobre lo actuado, presenta el marco del itinerario de su trayecto que comenzó en el año 2005, cuando como estudiante la autora formó parte de un grupo de extensionismo, que inició los contactos entre la Universidad Nacional de Entre Ríos y el contexto carcelario. Se detiene en las implicancias y decisiones que necesitó tomar para investigar en la cárcel. No solo concluye sus hallazgos sobre la identidad en prisión, sino que también abre su propia experiencia, revelando cómo construyó el conocimiento presentado en el libro. Esto es fundamental para cualquier lector que busque entender no solo *qué* investigó, sino *cómo* lo hizo y las implicaciones de ese proceso.

Una vez que hemos desgranado la estructura y el contenido de "En la Escuela no hay injusticias", es crucial destacar el valor intrínseco de esta obra. Como alguien que ha trabajado como docente en contextos de encierro durante muchos años, puedo afirmar con total convicción que el texto de Gretel Schneider es sincero, explícito y altamente recomendable para todo público.

La autora no solo nos ofrece una investigación rigurosa, sino que su etnografía logra capturar la complejidad humana y las dinámicas educativas en prisión con una autenticidad que solo puede venir de una inmersión profunda. Su capacidad para entrelazar las charlas, los intercambios y las interacciones cotidianas en una narrativa coherente y reveladora es, sin duda, el mayor acierto del libro. Nos permite comprender, desde adentro, los desafíos, las esperanzas y las resistencias de quienes habitan y trabajan en estos espacios.

En definitiva, *En la Escuela no hay injusticias*, no es solo un aporte significativo al campo de la sociología de la educación y la criminología; es una lectura que invita a la reflexión profunda sobre la justicia, la humanidad y el poder transformador de la educación, incluso en las circunstancias más adversas. Es una obra que merece ser leída con la misma tranquilidad y suave respiración que propone en sus consideraciones finales, para realmente desentrañar los "por qué" y las "muchas líneas de fuego" que aún persisten en nuestros sistemas penitenciarios.